

La Iglesia católica durante la guerra del Atlántico Sur

Martín Obregón
Universidad Nacional de La Plata

(Publicado en: Revista *Cuadernos Argentina Reciente*, N° 4, julio-agosto de 2007)

Introducción

Desde las primeras décadas del siglo XX, la Iglesia argentina consolidó una matriz ideológica que asociaba el catolicismo con la nación. Esta concepción, que poco a poco empezó a ser compartida por el Ejército, sostenía que la identidad nacional se definía a partir de un conjunto de pautas sociales, culturales y religiosas fuertemente arraigadas en nuestra sociedad, entre las cuales el catolicismo ocupaba un lugar central. Esa centralidad que adquiría la fe católica al momento de definir la nacionalidad era producto, desde la perspectiva nacional-católica, de los más de cuatro siglos de evangelización que la Iglesia había llevado adelante en América Latina.

Así como la Iglesia católica encontró en la conquista el acontecimiento que la ligaba con los orígenes de la nación, el Ejército se remontó hasta las guerras de independencia para demostrar que también había nacido junto con ella. Las míticas ideas de una “Argentina católica” y de un “ser nacional” que podían ser definidos en función de la observancia de ciertas tradiciones sociales y culturales del pueblo argentino ocuparon el centro del imaginario político de la Iglesia y de las Fuerzas Armadas. A lo largo de décadas, la construcción de esta lógica identitaria entre nación, Iglesia y Fuerzas Armadas se tradujo en una concepción totalizadora de lo social, que subordinaba las diferencias a lo que era considerado el núcleo constitutivo de la nacionalidad: la religión católica.¹

La utopía de una sociedad desprovista de conflictos y homogeneizada por el peso de la tradición católica requería, como mecanismo de reafirmación de esa identidad, de la figura de un “enemigo”, configurado por todos aquellos individuos o grupos que no compartían esos valores y pautas culturales sobre los que se fundaba la nación y que, por eso mismo, ponían en peligro su propia existencia. Esta matriz ideológica, que la Iglesia compartía con las Fuerzas Armadas, estuvo en la base del apoyo que la jerarquía eclesiástica brindó al golpe militar del 24 de marzo de 1976.

El ideario nacional-católico conoció momentos de esplendor y de reflujo, pero nunca desapareció del imaginario político argentino. En todo caso, se mantuvo latente durante algunos períodos, para salir con mayor vigor a la superficie en determinadas circunstancias históricas. En este sentido, no fue casual su virulenta reaparición a mediados de la década del setenta, en el contexto de un severo cuestionamiento a los fundamentos del orden social.

¹ Para una descripción exhaustiva de la conformación de esa lógica identitaria entre el catolicismo y la Nación, véase Loris, Zanatta, **Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

Durante los dos primeros años de la dictadura, amplios sectores de la jerarquía católica apoyaron con entusiasmo lo que consideraban una cruzada restauradora que los militares estaban llevando adelante contra los “enemigos de la patria”. Incluso algunos obispos - como el provicario castrense, monseñor Bonamín- consideraban que la acción represiva de las Fuerzas Armadas “estaba en los planes de Dios”, otorgándole a la “lucha antisubversiva” un carácter de “guerra santa”.² Desde luego, esta lógica de hierro condicionó la posición de la Iglesia frente a la dictadura militar, impidiendo una toma de posición clara frente a la violación sistemática de los derechos humanos por parte del régimen.³

Desde una perspectiva que se centra en este particular modo de concebir la nacionalidad y que intenta no perder de vista la coyuntura política y social en que se produjo la ocupación del archipiélago, este artículo propone algunas consideraciones en torno al papel de la jerarquía católica durante la guerra de las Malvinas y los primeros meses que siguieron a la derrota militar, signados por el derrumbe de la última dictadura.

La Iglesia católica ante la guerra

Desde fines de 1981 el régimen militar mostraba signos de agotamiento. Para esa fecha, la revista *Humor* entregaba a sus lectores un almanaque para el año entrante que estaba ilustrado con una lámina a todo color, donde un barco denominado “El Proceso” se iba a pique con todos sus prisioneros a bordo. En efecto, la dictadura se encontraba a la deriva. A las disputas facciosas que atravesaban a la corporación militar se sumaban ahora los efectos de la recesión y la crisis económica. La sociedad civil, poco a poco comenzaba a manifestar su descontento. Los organismos de derechos humanos empezaban a ganar las calles y las protestas sindicales, como la del 30 de marzo de 1982, se hacían cada vez más frecuentes. Fue en este contexto que los militares decidieron la ocupación de las islas Malvinas. Desde la perspectiva del gobierno de facto, esa acción contaría con un respaldo unánime de la población y al mismo tiempo permitiría unificar a la totalidad de las Fuerzas Armadas detrás de un objetivo común.⁴ Como sostiene María de los Angeles Yannuzzi, para los argentinos “en Malvinas se resumía y se encarnaba en el orden de lo simbólico la percepción nacionalista del mundo”.⁵ Levantando la bandera de la soberanía argentina sobre las islas, el “Proceso” buscaba recuperar la legitimidad perdida ante una sociedad civil manifiestamente inconforme. También en la sociedad las cosas se encontraban lo suficientemente maduras como para abrazar decididamente la “causa Malvinas”. Como observa Vicente Palermo, desde mediados de los años setenta la sociedad argentina venía sufriendo una sucesión de experiencias traumáticas que la habían arrastrado a un estado de

² Obregón, Martín, **Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del “Proceso”**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, p. 68.

³ Cr. Mignone, Emilio, **Iglesia y dictadura. El papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar**, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986 y Zanatta, Loris, “Religión, Nación y derechos humanos. El caso argentino en perspectiva histórica”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 7/8, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

⁴ Romero, Luis Alberto, **Breve Historia Contemporánea de Argentina**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 345.

⁵ Yannuzzi, María de los Angeles, **Política y dictadura. Los partidos políticos y el “Proceso de Reorganización Nacional” 1976-1982**, Rosario, Editorial Fundación Ross, 1996, p. 497.

resignación y pérdida de confianza en sus posibilidades transformadoras. En este contexto, la recuperación de las islas aparecía en el horizonte como un “talismán regenerador”, capaz de redimir a los argentinos de tantos fracasos y frustraciones.⁶

En efecto, la decisión de las Fuerzas Armadas de ocupar militarmente el archipiélago contó con la adhesión de casi todos los partidos políticos, grupos empresariales, sindicatos y personalidades de la cultura. También alcanzó una magnitud inédita la movilización entusiasta y espontánea de amplísimos sectores sociales. La recuperación de las islas contó incluso con el apoyo de las fuerzas políticas de izquierda y de los círculos de exiliados, los que –como señaló temprana y lúcidamente León Rozitchner- tampoco pudieron eludir la fuerza de atracción del mito nacionalista.⁷

En este marco, y como era de esperar, la jerarquía católica no constituyó una excepción. El desembarco de las tropas argentinas fue decididamente apoyado por un episcopado particularmente sensible a las apelaciones nacionalistas. Aunque minoritarios, los sectores más tradicionalistas del mundo católico se sintieron a sus anchas y volvieron a sacar a la luz todo su repertorio de metáforas en torno a la “nación católica”.

Sin embargo, la adhesión entusiasta de la Iglesia argentina a la “gesta malvinense” no resultó para nada incompatible con lo que Vicente Palermo ha denominado una “retórica pacifista”.⁸ En los hechos, el aval a la intervención militar no dejaba lugar a dudas, y las apelaciones a la paz quedaban subordinadas a lo que la Iglesia considera un reclamo justo. El mismo día de la ocupación de las islas, la comisión ejecutiva del episcopado brindó su apoyo a la iniciativa del régimen militar a través de un breve comunicado que llevaba la firma del cardenal Primatesta: “En este momento crucial en que la patria, guiada por sus autoridades, ha afirmado sus derechos, buscando asegurar su mantenimiento, la Conferencia Episcopal Argentina exhorta vivamente a todo el pueblo de Dios a expresar su unión en una permanente y constante súplica, para que el Señor abra muy pronto aquellos caminos de Paz que, asegurando el derecho de cada uno, ahorren los males de cualquier conflicto”.⁹ El apoyo de la jerarquía católica se puso también de manifiesto durante la ceremonia de asunción del flamante gobernador militar del territorio, general Mario Benjamín Menéndez, a la que concurrieron el nuncio apostólico y ocho obispos.¹⁰

La mayor parte de las voces episcopales retomaron los trazos gruesos del comunicado firmado por Primatesta. Por un lado, se justificaba plenamente la ocupación de las islas en función de la justicia del reclamo y se celebraba la potencialidad que demostraba tener el acontecimiento para unir al pueblo argentino en torno a un objetivo común: la defensa de la integridad territorial. Por otro lado, la adhesión a la “gesta de las Malvinas” iba acompañada por constantes referencias a la gravedad de la situación y a la necesidad de evitar el conflicto armado. El obispo de Mar del Plata, monseñor Rómulo García, expresaba su deseo de que “esto que comenzó como un acto de firme fuerza militar no desemboque en la violencia ni en enfrentamientos bélicos”, para lo cual era necesario “agotar todos los

⁶ Palermo, Vicente, **Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007, p. 209.

⁷ Rozitchner, León, **Las Malvinas: de la guerra “sucias” a la guerra “limpia”**, Buenos Aires, CEAL, 1985.

⁸ Palermo, Vicente, **Sal en las heridas**, op. cit.

⁹ “El conflicto de Malvinas. Comunicado del presidente de la Conferencia Episcopal Argentina”, 2 de abril de 1982.

¹⁰ Además del cardenal Aramburu y el provicario del Ejército, monseñor Bonamín, se hicieron presentes los obispos Collino, Galán, Menéndez, Villena, Canale y Di Monte, quien envió 10.000 rosarios para los soldados, *La Nación*, 8 de abril de 1982.

medios diplomáticos”.¹¹ “Como argentinos y cristianos no queremos la guerra”, señalaba el obispo marplatense, advirtiendo sin embargo que “tampoco queremos las negociaciones que se basen en mentiras o en intereses ajenos a la verdad que nos asiste por derecho y a la justicia que surge de una realidad histórica”.¹²

Para quienes venían oponiéndose a la dictadura, la recuperación de las Malvinas supuso una verdadera encrucijada. Muchos optaron por reivindicar la recuperación de las islas (en tanto acto de soberanía frente a una potencia imperialista) y denunciar al régimen político que lo había llevado a cabo.¹³ A diferencia de ellos, la Iglesia no tenía que lidiar con tamañas contradicciones: los sectores hegemónicos aprovecharon la ocasión para resaltar los méritos del gobierno militar, reafirmando la alianza conservadora en el preciso momento en que la movilización social se cernía como una amenaza sobre el horizonte.

A pocos días de los episodios de violencia que rodearon a la marcha del 30 de marzo de 1982, algunas de las figuras más notorias de la cúpula de la Iglesia argentina destacaban el clima de unidad que se había generado luego del 2 abril. El arzobispo de Buenos Aires afirmaba, durante su homilía del viernes santo, que “ha surgido en el país entero una histórica hora de unanimidad de sentimientos, de objetivos y de adhesión a nuestras Fuerzas Armadas (...) Nuestro país se encuentra en este momento conmocionado por un hecho que está basado en sólidos fundamentos jurídicos, pero que no deja de ser actualmente serio y grave: es el hecho de la integridad de su soberanía territorial.” El cardenal Aramburu observaba como un “grato fenómeno” el hecho de que en momentos de “impacencias”, “tensiones” y “apetencias sectoriales”, el país haya aparecido “unánimemente unido” ante el problema concreto de la soberanía.¹⁴ Para muchos obispos, el conflicto con Inglaterra podía contribuir a la unidad del cuerpo social en un momento en que parecían recrudecer los antagonismos sectoriales.

Al mismo tiempo, a la Iglesia se le presentaba una inmejorable oportunidad para presentarse como símbolo de la unidad nacional. En los días que siguieron al desembarco, monseñor Zazpe elogió la capacidad de “unidad solidaria del pueblo argentino”,¹⁵ en tanto que monseñor Di Stéfano reivindicaba ciertos éxitos que no eran sólo “materiales”, sino de otra índole: “nos estamos uniendo, nos estamos volviendo más solidarios”.¹⁶

En torno a esta posición dominante, y en el marco de un apoyo casi unánime a la decisión de la Junta Militar de recuperar militarmente el control de las islas, se desplegaron ciertos matices dentro del cuerpo episcopal. Algunos eran prácticamente individuales y pasaron casi desapercibidos en medio de la euforia nacionalista. A través de un documento, la diócesis de Neuquén agradecía a Dios “que las Islas argentinas del Atlántico Sur hayan vuelto al dominio de nuestra Patria”, para inmediatamente pedir que “este hecho de justicia y las negociaciones posteriores sean conducidas por ambos países con tal cordura política que impida una guerra”.¹⁷ El obispo de Neuquén también subrayaba que la recuperación de

¹¹ *La Nación*, 3 de abril de 1982.

¹² *La Nación*, 7 de abril de 1982.

¹³ Este fue el caso de los partidos políticos de izquierda o de algunos círculos de exiliados, como el Grupo de Discusión Socialista, que elaboró un documento titulado “Por la soberanía argentina en las Malvinas. Por la soberanía popular en Argentina”.

¹⁴ *La Nación*, 11 de abril de 1982.

¹⁵ *La Nación*, 19 de abril de 1982.

¹⁶ *La Nación*, 11 de mayo de 1982.

¹⁷ San Sebastián, Juan, **Don Jaime de Nevares. Del Barrio Norte a la Patagonia**, Buenos Aires, Ediciones Don Bosco, 1997, p. 271.

las islas no debía ser utilizada “para excitar los ánimos con fines belicistas” ni como “una pantalla para sofocar, olvidar y desviar la atención de los graves problemas internos de desocupación y hambre”. Sobre el final del documento, el clero neuquino y su obispo solicitaban a los que “hoy recuperan para nuestra soberanía la parte sur del territorio” que sepan también “mantener la soberanía de una industria expuesta a la expoliación por un sistema contrario a los intereses de la Patria”, advirtiendo que “la mayor riqueza y soberanía de la Argentina es nuestro pueblo, al que se lo hace padecer las consecuencias de una economía que lo empobrece y se lo reprime violentamente cuando quiere hacer sentir su descontento”.¹⁸ Se trataba, sin duda, de una toma de posición disonante dentro de la Iglesia argentina, pero que no dejaba de reivindicar la iniciativa del gobierno militar al recuperar las Malvinas.

En el extremo opuesto del arco episcopal, el apoyo a la decisión de la Junta Militar adquirió ribetes más entusiastas en los sectores más tradicionalistas de la Iglesia católica, los que encontraron en la “gesta malvinense” una oportunidad inmejorable para recuperar las posiciones perdidas desde fines de la década anterior y para reeditar el mito de la nación católica. En el casi unánime coro de voces episcopales que se levantaron para festejar el inesperado “golpe de mano” de la Junta Militar, las notas más altas correspondieron a algunos obispos cuya identificación con el “Proceso” era a todas luces evidente y que incluso no tenían inconvenientes en dejar de lado la retórica pacifista.

Desde La Plata, monseñor Plaza expresó que “no puede haber ningún argentino que no piense en estos momentos que la recuperación de las Malvinas no solamente es un acto de justicia, sino también un acto que servirá para unir al pueblo en busca del destino feliz para el cual Dios ha creado a la patria argentina”.¹⁹ Por su parte, monseñor Bolatti expresaba desde la catedral de Rosario que “Dios defenderá nuestra causa, la causa que ha sido motivo de este acto de las Fuerzas Armadas argentinas al ocupar territorio que era y es nacional, parte integrante de nuestra patria”.²⁰ Para monseñor Jorge Mayer, arzobispo de la conservadora y militarizada ciudad de Bahía Blanca, la acción militar del 2 de abril había sido “una gran noticia que conmovió al país” liberando al archipiélago de las Malvinas de una “injusta y humillante usurpación”.²¹

Durante los febriles meses de abril y mayo los ecos del viejo mito nacional católico resonaron con fuerza, multiplicándose la liturgia clérico-militar que había dado el tono de los dos primeros años del “Proceso”. Algunas manifestaciones de esta renovada unión entre la cruz y la espada pudieron observarse durante la ceremonia de asunción del nuevo gobernador militar de las islas, que fue presenciada por una comitiva especialmente enviada desde el continente y que reunía a diversas personalidades del ámbito político, eclesial, empresario y sindical.²²

En la capital del archipiélago, rebautizada Puerto Argentino, el general Menéndez juró sobre una Biblia que le dedicara especialmente monseñor Collino, obispo de Lomas de Zamora, quien bendijo para la ocasión ocho crucifijos y una imagen de la Virgen de Luján,

¹⁸ *Ibídem*.

¹⁹ *La Nación*, 3 de abril de 1982.

²⁰ *La Nación*, 17 de abril de 1982.

²¹ *La Nación*, 12 de abril de 1982.

²² A la ceremonia de asunción del general Mario Benjamín Menéndez asistieron representantes de la mayoría de los partidos políticos -entre ellos Bittel y Contín-, dirigentes gremiales como Triaca y Ubaldini y representantes de entidades empresariales como Jacques Hirsch (UIA) y Federico Zorraquín (ADEBA). Cr. Quiroga, Hugo, *El tiempo del “Proceso”*, op. cit., p. 403.

“que ha querido venir a tomar posesión de esta tierra tan cara a los argentinos y que también es su tierra”.²³

En el continente, la liturgia clérico-militar también encontraba terreno fértil: en la Basílica de Santo Domingo -lugar que evocaba la reconquista de Buenos Aires en 1807 sobre el invasor británico- se llevó a cabo desde el lunes 12 de abril el “Operativo Espiritual Rosario”, que consistía en oraciones que se sucedían sin interrupción a lo largo de toda la jornada, y que tomaba ese nombre porque no era otra cosa que “una colaboración religiosa a la acción militar” según expresó a la prensa el padre Daniel Zaffaroni, uno de sus organizadores, quien agregaba que dicho operativo duraría hasta “obtener la victoria en esta causa justa y noble de defender a nuestra patria”.²⁴

En este clima de fervor nacionalista, no quedaban tan fuera de foco las palabras de monseñor Bonamín, quien seguía sosteniendo a seis años del golpe que la llegada de los militares al gobierno había sido “una obra de Dios”, o las del flamante vicario castrense, monseñor José Miguel Medina, quien acompañado de los capellanes mayores de las tres armas sostenía que las Fuerzas Armadas eran una institución “necesaria” luego del pecado original y volvía a agradecer a los militares por su actuación en la “lucha antisubversiva”.²⁵ Como contrapartida, el discurso y el accionar de las Fuerzas Armadas también se revistió de elementos religiosos, como se desprende de los numerosos testimonios de los soldados y pilotos que intervinieron en la guerra. Los oficiales de la Fuerza Aérea salían al combate bajo el lema “Por Dios y por la Patria”, rezaban antes de cada misión y llevaban sobre sus pechos rosarios y medallas con la figura de la Virgen.²⁶ En el Ejército, todas las unidades contaban con sus capellanes militares, quienes se acercaban hasta las primeras líneas para dar la comunión a los soldados y bendecir las posiciones de la defensa.²⁷ Muchos oficiales del Ejército y de la aeronáutica llamaban “infieles” a los soldados ingleses y estaban convencidos de que Dios estaba de su lado, ya que estaban librando una guerra entre católicos y protestantes.²⁸

Sin embargo, en el seno del episcopado católico las voces más beligerantes no hallaron mayores ecos. La posición mayoritaria no se distanció del primer comunicado emitido por la comisión ejecutiva (en ese entonces integrada por el cardenal Primatesta, el cardenal Aramburu y monseñor Zazpe) el mismo día del desembarco militar en las Malvinas. A mediados de abril, cuando todavía no se habían agotado los intentos de mediación (el más serio de los cuales estuvo a cargo de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos) y mientras continuaba el envío de tropas y pertrechos a las islas, tuvo lugar la primera asamblea anual del episcopado argentino. En dicha asamblea se dio a conocer un documento titulado “Exhortación episcopal a la Paz”, donde los obispos reafirmaban, por un lado, la soberanía argentina sobre el archipiélago y, por otro lado, dejaban traslucir su preocupación por una guerra de “consecuencias imprevisibles”, enfatizando la necesidad de evitarla por todos los medios. Haciéndose eco de las palabras de Juan Pablo II -quien una semana antes había enviado un mensaje pidiendo por la paz- los obispos afirmaban que “la

²³ *La Nación*, 8 de abril de 1982.

²⁴ *La Nación*, 16 de abril de 1982.

²⁵ *La Nación*, 15 de abril de 1982.

²⁶ Cr. Carballo, Pablo, **Dios y los halcones**, Buenos Aires, 1983, citado por Verbitsky, Horacio en **Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002, p. 245.

²⁷ Verbitsky, Horacio, **Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial**, op. cit., p. 246.

²⁸ Verbitsky, Horacio, **Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial**, op. cit., p. 247.

guerra es el medio más cruel e ineficaz de resolver los conflictos” y que la paz debía ganarse “en la mesa de negociaciones, como pide el Papa en carta al Presidente”.²⁹

A lo largo de los meses de abril, mayo y junio, la posición de la jerarquía católica giró en torno a la fórmula “paz con justicia”, una ecuación que permitía, por un lado, no quedar al margen de la corriente de adhesión popular que había generado la “gesta malvinense”, con la cual la Iglesia se sentía plenamente consustanciada y, por otro lado, no apartarse de los lineamientos del Vaticano. “La paz debe estar fundamentada por la justicia y el honor, ya que si no es así, será endeble y por injusta no podrá durar”, sostenía a fines de abril el cardenal Aramburu.³⁰ Un mes después, monseñor Zazpe opinaba que “una paz auténtica no brota de un pacifismo a ultranza, sino de la negociación honorable y justa”.³¹ Dos de los voceros más habituales del episcopado coincidían en ratificar la fórmula que antepone la justicia a la paz, lo que en la práctica –y debido a la forma en que se habían desencadenado los acontecimientos- no podía ser otra cosa que la guerra.³²

Juan Pablo II en Argentina

El conflicto por las islas Malvinas y una serie de circunstancias fortuitas colocaron a la Iglesia argentina frente a la inesperada visita del Papa Juan Pablo II. A mediados de mayo, las informaciones en torno a la inminente visita del Santo Padre al Reino Unido generaron un marcado malestar en el seno de las Fuerzas Armadas y provocaron la inquietud del episcopado local. A lo largo y a lo ancho del país se puso en funcionamiento una usina generadora de todo tipo de rumores.³³ La situación era tan delicada que los cardenales Primatesta y Aramburu viajaron a Roma llevando las inquietudes y preocupaciones derivadas de que la máxima autoridad de la Iglesia católica visitase a una potencia protestante que estaba en guerra con la Argentina.

El Vaticano sostuvo con firmeza su decisión de mantener una prudente distancia entre ambas partes. A instancias de Juan Pablo II los cardenales argentinos firmaron junto con sus pares ingleses un breve documento donde se pronunciaron por la “paz y la reconciliación en la búsqueda de una solución justa del conflicto del Atlántico Sur”.³⁴

En realidad, la visita del Papa al Reino Unido estaba prevista desde hacía casi dos años (lo repentino, a decir verdad, había sido el golpe de mano de los militares) y no podía ser modificada. Sin embargo, las gestiones de los vértices de la Iglesia argentina rindieron sus frutos: el día 25, a través de un mensaje enviado al país, Juan Pablo II anunció su decisión de visitar Argentina, aclarando que el viaje a Inglaterra estaba previsto desde mucho tiempo atrás y que tenía un carácter “exclusivamente pastoral y no político”. El Papa expresaba su deseo de encontrar una “solución honrosa por medio de una negociación pacífica” y pedía al episcopado nacional que sea, “aún dentro de las justas exigencias del patriotismo,

²⁹ “Exhortación episcopal a la Paz”, 20 de abril de 1982.

³⁰ *La Nación*, 25 de abril de 1982.

³¹ *La Nación*, 26 de mayo de 1982.

³² Cr. con el tratamiento que hacen de este tema Palermo, Vicente y Novaro, Marcos, **La dictadura militar (1976-1983)**, op. cit., pp. 436 y ss.

³³ *La Nación*, 26 de mayo de 1982. Incluso algunos jefes militares decidieron no concurrir a una homilía a cargo del obispo de Comodoro Rivadavia, ofendidos ante el viaje de Juan Pablo II al Reino Unido.

³⁴ *La Nación*, 23 de mayo de 1982.

portavoz de esta unidad que abraza a todos los pueblos y naciones”.³⁵ A partir de este anuncio, la Iglesia argentina dispuso una rápida movilización de todos sus recursos organizativos para un evento que tendría una enorme repercusión pública. A comienzos de junio, el sector más combativo del sindicalismo, agrupado en la CGT-Brasil, llamó a los trabajadores a un cese de actividades a partir de las 17 horas del día 10 de junio, con el objetivo de concentrarse en la Iglesia de San Cayetano para marchar desde allí a la Basílica de Luján.³⁶

El Papa llegó a la Argentina en la mañana del viernes 11 de junio. Desde el aeropuerto de Ezeiza se dirigió a la catedral metropolitana y luego a la casa de gobierno, donde mantuvo un breve encuentro con la Junta Militar.³⁷ Por la tarde, se dirigió hasta la Basílica de Luján, donde ofició una misa ante una multitud estimada en más de un millón de fieles.³⁸ En todas sus intervenciones el Papa recalcó que su visita tenía un “exclusivo carácter pastoral” y exhortó a la paz entre Argentina y Gran Bretaña. Durante la mañana del sábado 12, mantuvo un encuentro con todos los obispos argentinos en la curia metropolitana y luego ofreció una misa en Palermo, ante más de dos millones de personas.³⁹ La inmensa concurrencia y la escenografía del acto -una enorme cruz levantada sobre un altar abierto- no podían dejar de evocar los días del Congreso Eucarístico Internacional realizado en 1934.

La llegada al país de Juan Pablo II, que esa misma tarde emprendió su regreso al Vaticano, tuvo como objetivo compensar una visita a Inglaterra que los acontecimientos del Atlántico Sur volvieron muy poco oportuna y al mismo tiempo, como ha señalado Luis Albero Romero, “preparar los ánimos para la derrota”.⁴⁰ También demostró hasta que punto la Iglesia argentina había dejado atrás la crisis institucional que la había desgarrado a mediados de los años setenta: las multitudes que aclamaron al Papa a lo largo de los dos días que estuvo en la Argentina daban cuenta de la formidable capacidad del catolicismo para movilizar a las masas, así como de la imponente estructura organizativa de su Iglesia.

La Iglesia católica ante el derrumbe del poder militar

El 14 de junio de 1982, con la rendición de las tropas argentinas, finalizó la guerra por las islas Malvinas y se produjo una rápida modificación del escenario político, caracterizado a partir de ese momento por el repentino derrumbe del “Proceso” y por la ascendente movilización de una sociedad que se sentía doblemente defraudada debido a la derrota militar y a la forma en que las Fuerzas Armadas habían manipulado la información a lo largo del conflicto.⁴¹ Durante las semanas que siguieron al desenlace de la guerra con Gran Bretaña, las tensiones en el interior de las Fuerzas Armadas no hicieron más que

³⁵ *La Nación*, 23 de mayo de 1982.

³⁶ La marcha, que congregó a una multitud, fue convocada bajo el lema “Por una paz justa, digna y con soberanía en las Malvinas: paz, pan, trabajo y libertad”. Cr. *La Nación*, 3 de junio de 1982.

³⁷ *La Nación*, 12 de junio de 1982.

³⁸ Cr. **Juan Pablo II en la Argentina**, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1982.

³⁹ *Ibidem*. Cr. también *La Nación*, 13 de junio de 1982.

⁴⁰ Romero, Luis Alberto, **Breve Historia Contemporánea de Argentina**, op. cit.

⁴¹ Palermo, Vicente y Novaro, Marcos, **La dictadura militar (1976-1983)**, op. cit., pp. 462 y 463.

agudizarse, desembocando en una crisis institucional que alcanzó su punto más alto a fines de junio, con la disolución de la Junta Militar.

Para la jerarquía eclesiástica, la situación política y social de la inmediata posguerra adquiría características inéditas y preocupantes, ya que a la descomposición del poder militar se sumaba la incapacidad de la sociedad civil para tomar las riendas de la transición, generando un “vacío de poder” cuyas consecuencias eran difíciles de prever. El 16 de junio de 1982, mientras los mandos superiores de las Fuerzas Armadas se encontraban inmersos en un estado deliberativo permanente y se sucedían en distintos lugares del país manifestaciones de repudio en contra del régimen, el episcopado dio a conocer un breve comunicado en el que intentaba poner paños fríos a un clima político cada vez más enrarecido. El texto, firmado por la flamante comisión ejecutiva del episcopado (presidida ahora por el cardenal Aramburu e integrada también por el cardenal Primatesta y monseñor Jorge López) tenía como objetivo no hacer leña del árbol caído y resaltaba nuevamente “el sentimiento de unidad nacional” que se había generado durante la guerra y que los argentinos no “experimentábamos desde hace largos años”, algo que también sostenían por esos días muchos dirigentes partidarios que habían acompañado con fervor la iniciativa del gobierno militar.⁴² Sin embargo, la cúpula de la Iglesia iba mucho más allá al hacer referencia al “valor y la pericia de quienes defendieron a la Patria”, audaz afirmación que carecía de consenso no sólo en la sociedad sino también en algunos ámbitos de las Fuerzas Armadas⁴³ y que ponía en evidencia el propósito de la jerarquía de sostener a sus viejos aliados militares y colaborar con ellos para que su salida del gobierno fuera lo menos costosa posible.

Al menos en parte, el entusiasmo casi unánime con que el episcopado había apoyado lo que apenas unas semanas atrás era considerado por toda la sociedad como una “gesta nacional” no dejaba mucho margen para una mirada crítica de lo que había ocurrido en el Atlántico Sur. Sin embargo, lo que más preocupaba a la cúpula de la Iglesia era la situación de repentina debilidad en que se encontraban las Fuerzas Armadas (un hecho inédito en los seis años transcurridos desde el golpe) y las consecuencias políticas y sociales que podía tener ese virtual “vacío de poder”.

A fines de junio, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo con el Ejército, la Marina y la Aeronáutica decidieron retirarse de la Junta, poniendo públicamente en evidencia la fractura del frente militar. Esta repentina modificación del contexto político encontró a las organizaciones partidarias escasamente preparadas para exigir el inmediato restablecimiento del orden constitucional; por el contrario, la estrategia predominante consistió en ejercer una moderada presión sobre el régimen con el objeto de garantizar en el mediano plazo la “salida política” mediante el llamado a elecciones. Los partidos tradicionales, nucleados en la “multipartidaria”, consideraban que de esta manera podrían evitar una eventual reacción de los sectores más “duros” de la corporación militar, que se resistían todavía a entregar el poder a los civiles, y al mismo tiempo adecuar sus estructuras organizativas en vistas a la no muy lejana normalización institucional. Sólo los organismos de derechos humanos y algunos sectores sindicales apelaron a la movilización popular

⁴² “El conflicto de Malvinas: mensaje de la comisión ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina”, 16 de junio de 1982.

⁴³ En diciembre de 1982 se conforma la llamada “Comisión Ratembach”, debido al nombre del teniente general que la presidía. El informe dado a conocer por la comisión estableció de manera concluyente las deficiencias en que incurrieron los altos mandos de las Fuerzas Armadas. Cr. García, Prudencio, **El drama de la autonomía militar**, Madrid, Alianza, 1995, pp. 236 y ss.

durante los meses posteriores a la guerra de Malvinas para presionar al régimen y obtener una rápida “salida política”. A decir verdad, la estrategia de los partidos políticos mayoritarios durante el período de transición a la democracia encontró puntos de contacto con la desplegada por los integrantes del episcopado católico, aunque las motivaciones y los condicionamientos de unos y otros fueron bien diferentes.⁴⁴

Una vez que el proceso de descomposición del régimen militar se tornó irreversible, el objetivo fundamental de la jerarquía católica consistió en asegurar una transición ordenada al nuevo orden democrático -por el que tan oportunamente se habían manifestado los obispos en “Iglesia y comunidad nacional”, un documento de mediados de 1981-, garantizando al mismo tiempo una “salida política” que implicara el menor costo posible para las Fuerzas Armadas. Como se ha señalado, la fractura de la Junta Militar, la ausencia de una alternativa civil que pudiera ocupar el vacío dejado por los militares, la profundización de la crisis económica y la situación de aislamiento en que se encontraba el país en el plano internacional, eran elementos que configuraban un panorama inquietante para los obispos.

El 1º de julio de 1982 la comisión ejecutiva del episcopado dio a conocer un documento titulado “La unidad del país”, donde se señalaba que la nación estaba atravesando un momento “delicado” de su historia, “portador de gérmenes de consecuencias no siempre previsibles”.⁴⁵ Por esa razón la Iglesia juzgó necesario dirigirse a los distintos sectores de la sociedad desde un lugar pretendidamente neutral, que le garantizara al mismo tiempo un rol privilegiado como institución moderadora en el proceso de la transición democrática. Entre los destinatarios del mensaje de la Iglesia se encontraban, desde luego, las Fuerzas Armadas, a las que no solamente se les recordaba los peligros inherentes a “una posible fragmentación del poder” sino que también se las instaba a la recomposición institucional, debido a la importancia que adquiriría en esos momentos la “unión de los responsables de la conducción y construcción del país”.⁴⁶ La vocación arbitral de la Iglesia, así como su afán por ubicarse en un lugar neutral entre militares y civiles aparecía con claridad en este documento episcopal. Los vértices de la Iglesia se dirigían a los jefes militares, a la dirigencia política y a los líderes sindicales con el objetivo de que la transición a la democracia sea acordada por todos los participantes, dejando por sentado que todo proceso de negociación implicaba algún tipo de renuncia. En este sentido, a los partidos políticos, “instrumentos necesarios de la vida democrática”, se les pedía que “ejerciten la renuncia a todo lo que impida la unidad y la búsqueda apropiada del bien común”, ya que de esa manera sería más fácil obtener la “imprescindible reconciliación de los argentinos”.⁴⁷ Sin embargo, desde la perspectiva episcopal, también las Fuerzas Armadas debían contribuir, mediante el esclarecimiento de lo actuado en la “lucha antisubversiva”, a ese proceso de reconciliación que debía comenzar “a partir de la verdad, aceptada y valientemente asumida”.⁴⁸

⁴⁴ La cuestión de los derechos humanos afectaba directamente a los partidos políticos en términos de posibles costos electorales, mientras que para la Iglesia esa presión era significativamente menor. Si bien en un comienzo las posiciones fueron similares, con el paso del tiempo y al calor de la competencia electoral las diferencias entre la jerarquía católica y la dirigencia partidaria se fueron profundizando.

⁴⁵ “La unidad del país: Mensaje de la comisión ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina”, 1 de julio de 1982.

⁴⁶ *Ibidem.*

⁴⁷ *Ibidem.*

⁴⁸ *Ibidem.*

La posición de la comisión ejecutiva era representativa de una amplia mayoría de obispos que se mostraban partidarios de no revisar lo actuado por las Fuerzas Armadas en el terreno de la represión ilegal. Un eventual juzgamiento de los crímenes cometidos por los militares, impulsado por diferentes sectores de la sociedad civil, constituía un horizonte preocupante - aunque todavía lejano- para los vértices de la Iglesia argentina, ya que no sólo dejaría a las Fuerzas Armadas en una situación de extrema debilidad sino que pondría también “en la picota” a la Iglesia católica, como había advertido años atrás monseñor Zazpe.⁴⁹

A diferencia de lo que ocurría en el frente militar, donde a pesar de la catástrofe malvinense seguían siendo muy importantes los sectores que planteaban un cierre unilateral del tema de los derechos humanos, la Iglesia se inclinaba por una solución pactada entre los partidos políticos tradicionales y las Fuerzas Armadas, dejando de lado, deliberadamente, a los organismos de derechos humanos. Con un profundo conocimiento de las expectativas de los actores, como así también de lo que cada uno de ellos podía ofrecer, la jerarquía eclesiástica proponía una ecuación que se resumía básicamente en la siguiente fórmula: impunidad a cambio de elecciones. Si a la dirigencia partidaria se le solicitaba implícitamente que dejara a los militares encontrar un cierre para el tema de los desaparecidos garantizando la no revisión de lo actuado durante la “lucha contra la subversión”, a los uniformados se les pedía, en contrapartida, que brindaran algún tipo de información con relación al tema y que dieran pasos concretos en dirección a una salida política en torno a la cual existían aún serios interrogantes en 1982, debido a la presencia de sectores “duros” dentro de la corporación militar que persistían en su oposición a entregar el poder a los civiles.⁵⁰

Por su parte, durante los primeros meses posteriores a la guerra, la estrategia de los partidos políticos no parecía ser muy diferente a la planteada por la Iglesia. El primer documento dado a conocer por la Multipartidaria ponía el énfasis en el restablecimiento del Estado de Derecho pero casi no mencionaba la cuestión de los desaparecidos, con el objetivo de no irritar a los sectores más duros del Ejército, desde los cuales se alentaban los rumores sobre un posible golpe palaciego que terminara con la débil administración del general Bignone.⁵¹ Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, se fueron agotando las posibilidades de alcanzar una solución negociada en torno al tema de las “secuelas de la guerra sucia”. En primer lugar, porque a medida que se aproximaba la convocatoria a elecciones y se profundizaba la competencia entre los partidos resultaba cada vez menos tentador para la dirigencia política aceptar las condiciones que el régimen pretendía imponer. Por otro lado, las diferencias existentes en el seno de la corporación militar con respecto a la estrategia a seguir también contribuyó al fracaso de la negociación que planteaba el episcopado católico, obligando a las Fuerzas Armadas a ensayar, de manera unilateral, un intento de cierre para el tema de los derechos humanos.

Como vimos, el episcopado católico apoyó con entusiasmo la recuperación de las islas Malvinas. Una larga tradición que asociaba el catolicismo a la nación y la nación al principio de territorialidad contribuyó fuertemente a que la Iglesia argentina exaltara la

⁴⁹ Cr. Mignone, Emilio, **Iglesia y dictadura**, op. cit.

⁵⁰ A comienzos de octubre, el Almirante Franco, que reemplazaba a Anaya en la jefatura de la Marina de Guerra, sostenía que “no habrá revisión de la lucha antsubversiva”. Cr. *Clarín*, 2 de octubre de 1982. En esos días generaron un fuerte impacto en la opinión pública las declaraciones del jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Lami Dozo, quien hizo referencia a la “continuidad del Proceso”. Cr. Quiroga, Hugo, **El tiempo del “Proceso”**, op. cit., p. 435.

⁵¹ El documento de la Multipartidaria llevaba el título de “Programa para la Reconstrucción Nacional”.

“causa Malvinas” y antepusiera “los derechos soberanos sobre las islas” a la paz con Inglaterra.

Luego de la derrota militar, la cúpula eclesiástica advirtió antes que nadie los peligros que podían derivarse de la descomposición del poder militar y orientó todos sus esfuerzos a amortiguar la caída del gobierno de las Fuerzas Armadas, que seguían constituyendo, para el pensamiento católico, un resguardo frente a los peligros que amenazaban a la nación. En el futuro inmediato, esos peligros no estarían vinculados al “enemigo interno”, como en marzo de 1976, ni tampoco al “enemigo exterior”, como en la guerra que acababa de concluir, sino más bien con la democracia política.

Bibliografía

- García, Prudencio, *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza, 1995.
- Mignone, Emilio, *Iglesia y dictadura. El papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986.
- Obregón, Martín, *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del “Proceso”*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos, *La dictadura militar (1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática)*, Buenos Aires, Editorial Piados, 2003.
- Palermo, Vicente, *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007.
- Quiroga, Hugo, *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*, Rosario, Editorial Fundación Ross, 1994.
- Romero, Luis Alberto, *Breve Historia Contemporánea de Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Rozitchner, León, *Las Malvinas: de la guerra “sucias” a la guerra “limpia”*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- Verbitsky, Horacio, *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002.
- Yannuzzi, María de los Angeles, *Política y dictadura. Los partidos políticos y el “Proceso de Reorganización Nacional”. 1976-1982*, Rosario, Editorial Fundación Ross, 1996.

- Zanatta, Loris, *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- Zanatta, Loris, “Religión, nación y derechos humanos: el caso argentino en perspectiva histórica”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 7/8, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.